

LECTIO DIVINA - CICLO C - ADVIENTO DOMINGO IV**Lectura de la profecía de Miqueas 5, 1-4a**

Esto dice el Señor:
 «Y tú, Belén Efratá,
 pequeña entre los clanes de Judá,
 de ti voy a sacar
 al que ha de gobernar Israel;
 sus orígenes son de antaño,
 de tiempos inmemoriales.
 Por eso, los entregará
 hasta que dé a luz la que debe dar a luz,
 el resto de sus hermanos volverá
 junto con los hijos de Israel.
 Se mantendrá firme, pastoreará
 con la fuerza del Señor,
 con el dominio del nombre del Señor, su Dios;
 se instalarán, ya que el Señor
 se hará grande hasta el confin de la tierra.
 Él mismo será la paz».

Salmo 79, 2ac y 3b. 15-16. 18-19

R./ Oh, Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve.

Pastor de Israel, escucha;
 tú que te sientas sobre querubines, resplandece;
 despierta tu poder y ven a salvarnos. R./

Dios del universo, vuélvete:
 mira desde el cielo, fijate,
 ven a visitar tu viña.

Cuida la cepa que tu diestra plantó
 y al hijo del hombre que tú has fortalecido. R./

Que tu mano proteja a tu escogido,
 al hombre que tú fortaleciste.
 No nos alejaremos de ti:
 danos vida, para que invoquemos tu nombre. R./

Lectura de la carta a los Hebreos 10, 5-10

Hermanos:

Al entrar Cristo en el mundo dice: «Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo; no aceptaste holocaustos ni víctimas expiatorias.

Entonces yo dije: He aquí que vengo - pues así está escrito en el comienzo del libro acerca de mí - para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad».

Primero dice: «Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, ni holocaustos, ni víctimas expiatorias», que se ofrecen según la ley. Después añade: «He aquí que vengo para hacer tu voluntad».

Niega lo primero, para afirmar lo segundo. Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas 1, 39-45

En aquellos días, María se levantó y se puso en camino de prisa hacia la montaña, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.

Aconteció que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel de Espíritu Santo y, levantando la voz, exclamo:

«¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Pues, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá».

COMENTARIO

El cuarto domingo de Adviento tiene ya el sabor de la Navidad. Por eso las lecturas de hoy van situándonos en el escenario de los hechos, nos presentan a los personajes que protagonizarán y nos ayudan a descubrir el sentido profundo de lo que vamos a celebrar muy pronto. Todos parecen estar preparados: Belén de Judá, María la creyente... y sobre todo Jesús, que entra en este mundo dispuesto a hacer la voluntad del Padre para que su salvación nos visite y se quede para siempre con nosotros.

COMPRENDER EL TEXTO

Retrocediendo en el tiempo, volvemos a encontrarnos hoy con los mismos personajes del domingo pasado. Pero esta vez su presencia en escena no aparece en primer plano. Juan Bautista y Jesús son dos niños no nacidos que aún no pueden hablar, pero el encuentro entre sus madres nos proporcionará una nueva ocasión para comprender mejor el papel de cada uno en la historia de la salvación.

Este pasaje forma parte de los “*evangelios de la infancia*”, donde se relatan los primeros episodios de la vida de Jesús (Lc 1,5 - 2,52). El género literario de estos capítulos es más catequético que biográfico e incluye narraciones en las que la luz de la fe pascual se proyecta sobre la figura de Jesús niño. De este modo, el misterio que encierra su persona es presentado, ya desde su concepción, a tenor de lo que la comunidad cristiana creía de él gracias a la resurrección. El relato de la “*visitación*”, que leemos hoy, nos dará ocasión de comprobarlo.

Poco después de recibir la noticia de su maternidad, María decide visitar a su pariente Isabel, cuyo embarazo ha conocido por medio del ángel Gabriel. Se trata de un embarazo extraordinario, puesto que Isabel es anciana y estéril. No en vano este embarazo ha sido presentado a María como “*señal*” del poder divino, garantía de que también ella, María, será madre a pesar de su virginidad (Lc 1,36-37). La escena sucede en un lugar indeterminado de la montaña de Judea, que la tradición cristiana ha identificado después con Ain Karim, una aldea situada a 6 kilómetros al oeste de Jerusalén.

Lucas no explica los motivos de este viaje. En principio se puede entender como un acto de solidaridad familiar. Pero hay un gran valor simbólico en este acontecimiento que se descubre al fijarnos en ciertos detalles. Por ejemplo, el hecho de que María vaya “*de prisa*” a la montaña de Judá. Esta prontitud se parece a la de los pastores de Belén, que reaccionan de un modo parecido al enterarse del nacimiento de Jesús. Como ellos, también María ha recibido una “*señal*” que revela una intervención de Dios. La rapidez de su respuesta demuestra que está totalmente dispuesta a colaborar con sus planes. La que ha sido “*visitada*” por el Señor se apresura a transmitir la buena noticia que ha recibido.

En un primer plano asistimos al encuentro entre las dos futuras madres. Sabiendo que para Lucas la alegría es el sentimiento que embarga a los que experimentan la salvación, la reacción que provoca el saludo de María nos indica que no es esta una visita de cortesía, sino la visita del mismo Dios encarnado en Jesús. Así lo confirman las palabras proféticas de Isabel, que, inspirada por el Espíritu, ve más allá de las apariencias y reconoce que la criatura que María lleva en su vientre es “*el Señor*”. Si la bendice y la felicita no es por servirle a ella, sino por ponerse al servicio de Dios, por una maternidad que es fruto de su fe, por una fe que permite que los planes del Todopoderoso puedan cumplirse.

Un segundo plano, más oculto, esconde el encuentro misterioso entre dos niños nonatos que son los verdaderos protagonistas de esta escena. De hecho, uno de los recursos literarios que Lucas utiliza para presentar la singularidad de Jesús en los “*evangelios de la infancia*” es el de compararlo con Juan Bautista, narrando en paralelo diversas escenas de la niñez de ambos. Recordemos que el episodio de la visitación está situado tras las dos anunciaciones de sus nacimientos y viene a confirmar lo que allí se dice sobre la identidad y la misión de cada uno. Los saltos de alegría del pequeño Juan suponen un reconocimiento prenatal de la condición mesiánica de Jesús y de su papel subordinado frente a él.

Otro detalle importante es ver cómo las madres anticipan la misión de sus respectivos hijos y la relación que ambos mantendrán durante su vida pública: María como portadora de la Buena Noticia de la salvación; Isabel proclamando la alegría por la llegada del Mesías y reconociéndose indigna de que “*la madre de mi Señor*” venga a visitarla.

ACTUALIZAMOS

María es figura imprescindible del Adviento. El evangelio de hoy nos la ha presentado como modelo de creyente, como portadora de buenas noticias, como mensajera de alegría. Gracias a ella Jesús realizó su primer viaje misionero. Gracias a ella nos ha visitado la salvación; que sepamos acogerla en nuestra vida y comunicarla a los demás.

1. Isabel felicita a María porque “ha creído”:

Y tú, ¿te sientes feliz por ser creyente?

¿En qué aspectos la fe de María puede ser modelo para tu fe?

2. “La criatura saltó de alegría en mi vientre”:

¿En qué momentos de tu vida has experimentado la alegría de sentirte visitado por el Señor?

3. María fue una verdadera evangelizadora que supo transmitir la Buena Noticia:

¿Qué podemos hacer nosotros para que la salvación de Dios siga visitando y alegrando a quienes más lo necesitan?

4. “Lo que le ha dicho el Señor se cumplirá”:

¿Vivo con la seguridad de que Dios cumple sus promesas?

¿Cuándo me ha costado más fiarme de él y mantener la esperanza?